

caudaloso río de las Amazonas. Allí se ostenta la vegetación de los trópicos con toda su magnificencia y variedad. Árboles prodigiosos á los que se entrelazan enormes bejucos, y en cuyo ramaje entonan alegres cantos mil aves engalanadas con los colores de las flores y de las piedras preciosas. En el suelo, ó sobre nuestras cabezas fantásticas floraciones que rutilan en el primero ó forman caprichosas guirnaldas sobre las segundas, y hasta en la superficie del río, maravillas como la admirable *Victoria regia*, flor aterciopelada, inmensa y tan sólida que un niño se sostendría en su tallo.

¿Y Río de Janeiro? Una ciudad curiosa pero no bonita. Pobreza de monumentos verdaderamente notables; calles estrechas y mal empedradas, un palacio imperial muy feo, teatros é iglesias de mal gusto, y sobra de indios vistiendo ropas harapientas. Toda la población de Río de Janeiro parece eternamente dedicada á no hacer nada; verdad es que, según dicen los voluptuosos, la tierra es tan fecunda, que puede alimentar muy bien á sus habitantes.

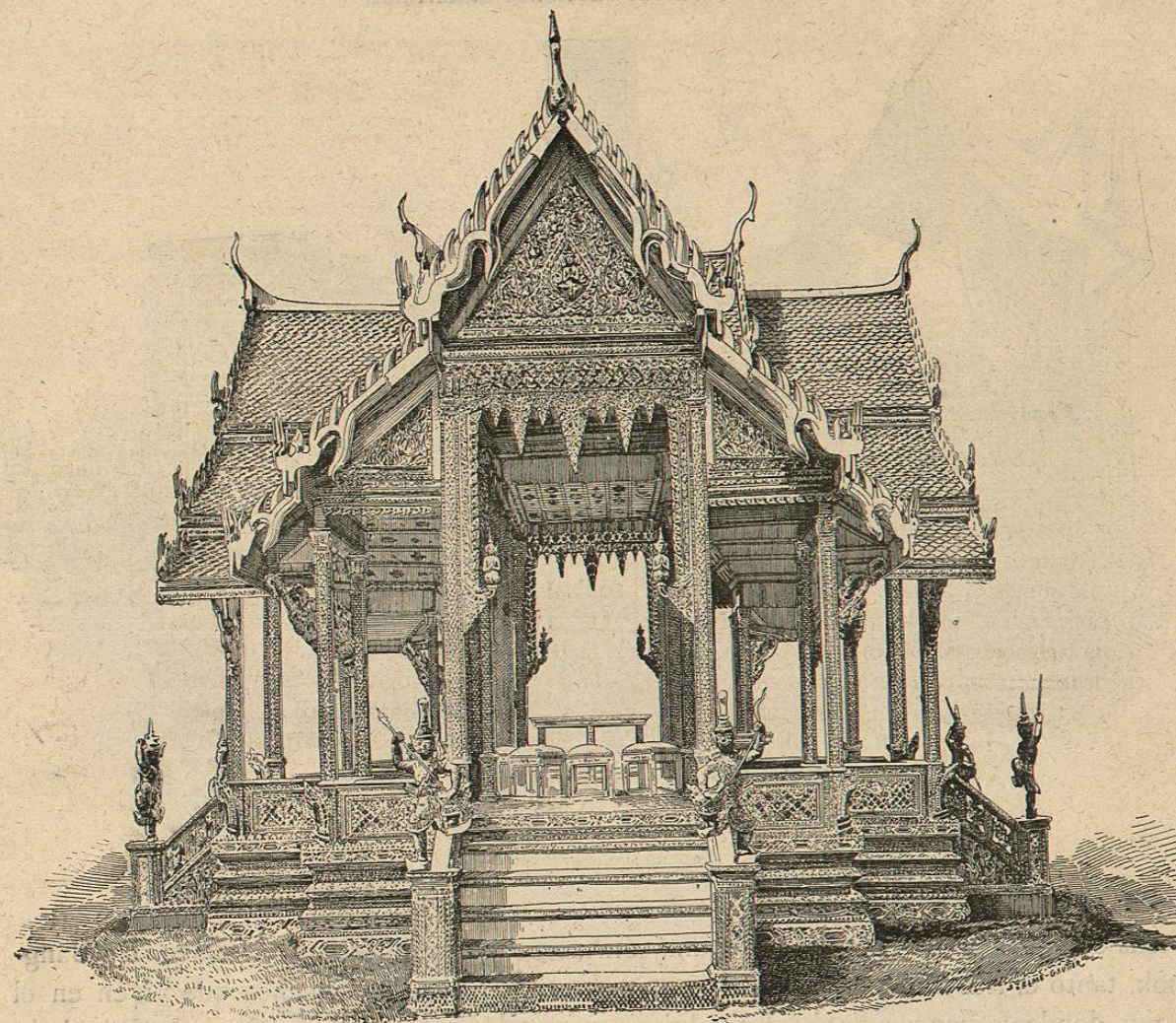
Pero olvido que estamos en el Campo de Marte y no al otro lado del Atlántico. El Brasil está representado por un pabellón bastante importante, pero desprovisto de todo estilo nacional. Construído por M. Dauvergne, arquitecto parisiense, tiene, si se quiere, cierta conexión con el antiguo estilo español. Es un cuerpo de edificio con anchas ventanas rodeadas de azulejos, flanqueado de proas y estatuas que figuran los ríos del Brasil, dominado á la izquierda por una torre cuadrada muy alta que remata en una linterna y terminado á la derecha en un globo terráqueo, emblema oficial del Imperio.

En la sala de la planta baja y en las galerías de los dos pisos, adornadas de flores, hay expuestos cacao, cafés, vainilla, azúcar y cañas de azúcar, tabaco, mármoles, muestras de maderas, productos manufacturados de toda clase, algunos cuadros bastante medianos y esculturas de escolares. Los envíos agrícolas y las primeras materias exhibidas atestiguan los inmensos recursos de un suelo en que no escasea ningún tesoro, ni aun los diamantes y el oro.

El pabellón brasileño está rodeado de un jardín lleno de flores exquisitas, con lindas grutas alfombradas de plantas exóticas, y la estufa más preciosa del mundo, orgullosa de sus palmeras, plátanos gigantes y vistosas orquídeas. En un estanque, debidamente calentado, se ostenta una *Victoria regia* del Amazonas.

El nombre del Brasil nos induciría á recordar su situación política, si fuese posible ocuparse de política á la vista de una hermosa flor.

FRANCISCO D'ERVY.



El Pabellón de Siam

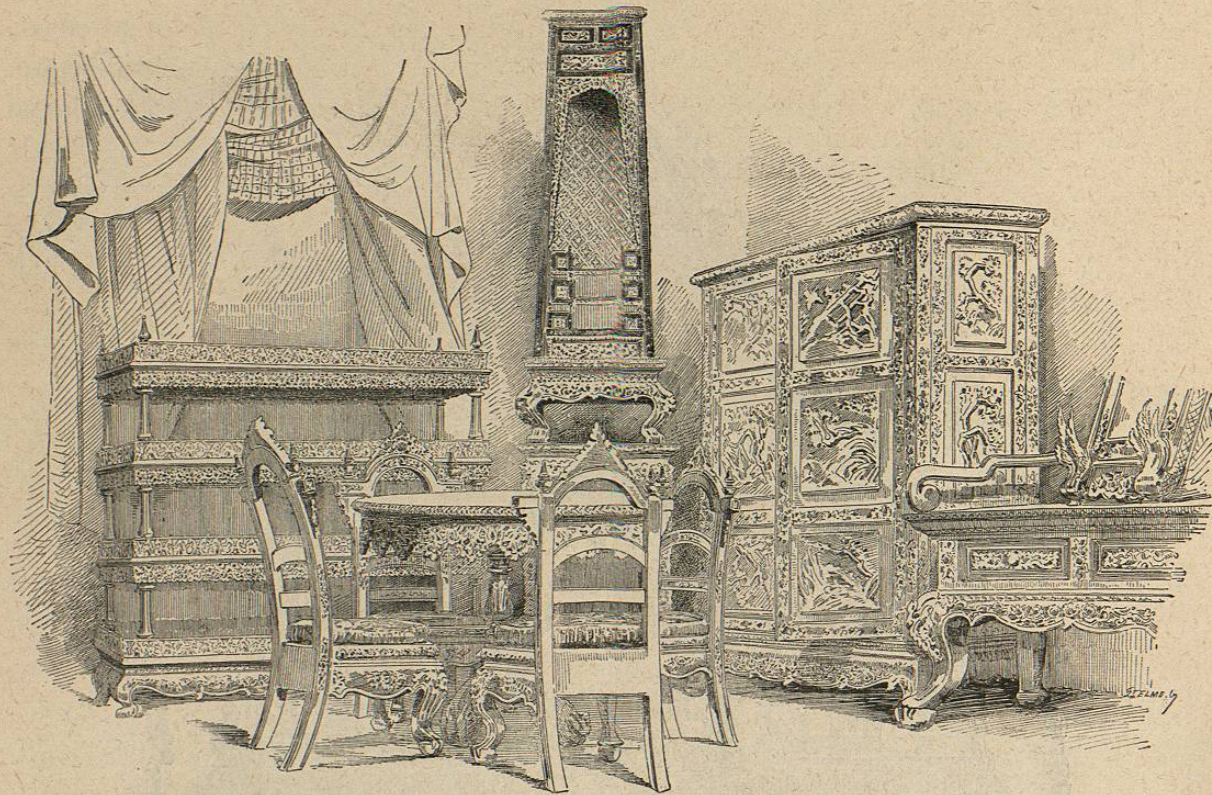
## PASEO POR LAS SECCIONES ORIENTALES

I

SIAM. - JAPÓN. - EGIPTO. - PERSIA. - TURQUÍA.

.....Nos habíamos sentado, mi amigo Roberto de V... y yo, no lejos de la Taberna Rumana, cerca de ese pabellón de recreo abierto por todos lados, en el que brillan las molduras doradas y los pedacitos de espejo, traídos de los jardines reales de Bangkok. Roberto había visitado el Siam como oficial de marina, y por lo mismo comencé á burlarme delante de él de aquella construcción extravagante de crudos colores, y de una riqueza de relumbrón, custodiada por ocho estatuas de guerreros de aspecto rudo y grotesco, con la cabeza y las manos rojas ó verdes; el conjunto tiene algo de fútil y chocarrero; diríase que es un pabellón de cartón dorado. El teniente de navío no me dejó continuar mi crítica.

— No te burles, me dijo; yo recuerdo con voluptuosidad las noches que pasé en aquel país á orillas de Mé-Nam, en cuyas aguas se reflejaba la luz de la luna; mientras que en la tierra y en los matorrales brillaban las luciérnagas como otras tantas constelaciones, divisándose á las pálidas claridades del astro la blanca silueta de los templos construídos en honor de Budha. El Mé-Nam (*Madre de las aguas*), eternamente surcado por nume-



Sección siamesa: muebles

rosas embarcaciones, es más bello y majestuoso de lo que podrías imaginarte. En Bangkok, tanto el rico como el pobre, tienen su barca, y hasta hay muchos que viven en el agua, donde se ven sus habitaciones lujosamente adornadas al estilo chinesco. Bangkok, en el fondo, es Venecia en el Asia; es una ciudad de canales y de pagodas, como Venecia lo es de canales y de palacios.

— ¿Y qué hay de los elefantes blancos? pregunté, ¿es alguna broma?

— No por cierto. Esos últimos existen, y habitan en cuadras verdaderamente regias; cada elefante real tiene su casa como un príncipe de la sangre, y los presidiarios no tienen más ocupación en Bangkok que segar la hierba destinada para el alimento de esos colosos. El rey ha querido hasta conceder á estos paquidermos, cuya imagen está bordada en la bandera de la nación, títulos mandarinos, que se pueden ver inscritos en un rótulo, en el cual se expresa además el nombre del animal, su edad, y la fecha y circunstancias referentes á su captura. ¿Qué más te diré? Siam es el país de los peces, y sobre todo de los frutos,

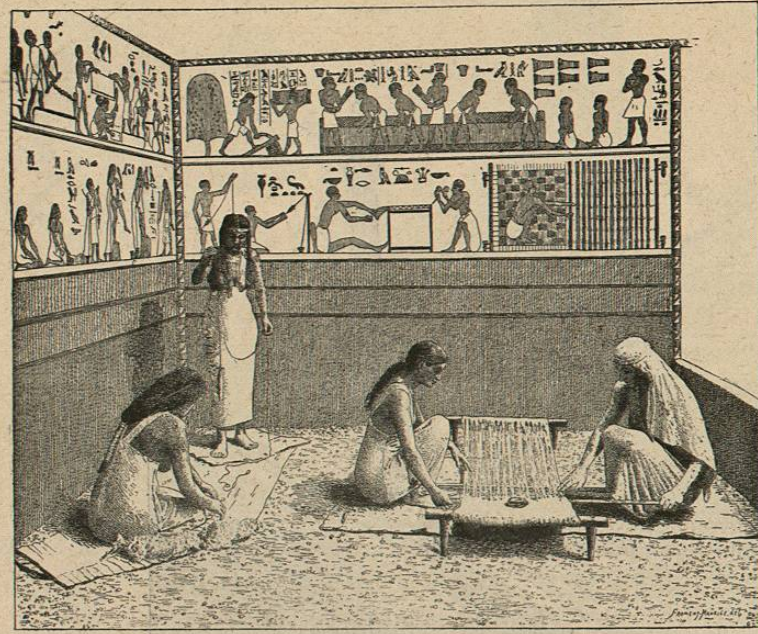
Veinte segundos después estábamos en la Sección siamesa. Al rededor de nosotros no veíamos más que objetos relucientes, á veces enigmáticos; muebles dorados y esculpidos, fragmentos de espejo como facetas; orfebrería menuda, cajas de betel, copas y cofrecillos de la más complicada ornamentación; figuras talladas en el nácar, que despedían vivos reflejos; tejidos de seda y oro, realzados algunos con piedras preciosas; armas de formas verdaderamente terroríficas; instrumentos de música; colmillos de elefante; cuernos de rinoceronte y de búfalo; modelos de barcos; aparatos de pesca; muestras de algodón y de tabaco, y... qué sé yo cuántas cosas más.

— Ya ves, díjome Roberto, cómo el instinto impulsa á los siameses á rodearse de ob-



Fachada de la Sección japonesa

jetos deslumbrantes; por doquiera necesitan lentejuelas como para hipnotizarse, y la música es uno de los medios que emplean para exaltar el ánimo en sus ensueños. Mira sus instrumentos: esa larga flauta, ó más bien, ese octavín, es el *klani*; sus sonidos tienen una suavidad especial que se acompaña admirablemente con las notas agudas del *tuk-kai*, ese bandolín ventruado y paradójico. Ahí tienes los tamtams alineados en semicírculo, y un xilófono, llamado por los indígenas *ran-nan*, el cual produce notas prolongadas y suaves, que se cruzan en ritmos variados á lo infinito en lánguidas melodías. Son de ver esos orientales cuando se abisman en sus contemplaciones visionarias, durante los conciertos animados por las solemnes evoluciones de las bailarinas. En sus barcos ligeros, y



Tejedoras del antiguo Egipto (Palacio de las Artes liberales)

muy bien adornados, bogan dulcemente sin sacudidas ni esfuerzos, indiferentes á su suerte, buena ó mala. Son jugadores ¡oh! eso sí, hasta la médula de los huesos; y también se distinguen por lo vengativos, asemejándose en esto á todos los místicos; pero ¡qué bien se entienden para disfrutar de esta vida mortal! Mira esos vasos esmaltados con que adornan sus viviendas, y esos pequeños grupos esculpidos que representan hermosas bayaderas bailando, y elefantes que luchan. Demasiado perezosos, ó más bien, siempre aletargados, no pueden llegar á ser nunca

grandes artistas, pero conservan la tradición de las obras que recrean la vista, constituyendo el más agradable conjunto. ¡Oh! ¡qué extraña, qué extraña nación!...

Llegábamos en aquel momento á la puerta de la Sección japonesa, y entonces Roberto de V... me estrechó la mano y alejóse. Hubiera querido dirigir mis impresiones por las suyas; pero al menos diré sin rodeos todo cuanto sentí. En la Sección japonesa, por ejemplo, parecíame ver la imagen de un genio nacional que se extingue y se suicida; y no porque no haya allí muchas cosas notables. Esos naturales del Nippon tienen tal destreza en la mano, tan delicada intención en el empleo de las materias, tan exquisito tacto para asociar los colores y elegir los adornos, que nos causan verdadero asombro. En ninguna parte se encuentran esmaltadores como ellos, ni más sutiles ceramistas, ni más pacientes fundidores y cinceladores de metales, ni tan hábiles tejedores de seda, ni tan ingeniosos tapiceros.

¿Qué no harán ellos con una raíz ó un nudo de bambú? Esculpen todo un horizonte en un botón de marfil ó en la empuñadura de un sable. ¡Y cómo ilustran los libros! ¡Qué grabadores en madera! ¡Qué dibujantes de costumbres y qué escultores de animales familiares! Su arte es sorprendente por lo ingenuo en el refinamiento, por la íntima sencillez en la habilidad, llevada al más alto grado. Si se nos revelara hoy por los productos que nos enseñan, tal vez no sentiríamos entusiasmo; pero hace ya años que la revelación se hizo, y de tal manera estamos iniciados en los misterios de esa estética de poderosa expresión, que nuestras propias artes han tomado sus principios por muchos conceptos, cuando no han descendido hasta imitar servilmente los asuntos y los aspectos decorativos de las obras japonesas.

Pero los más hermosos objetos presentados en la Exposición solamente tienen, para interesarnos, los reflejos de las antiguas creaciones. La habilidad subsiste, pero el ingenio se agotó; ya no se hace más que recordar... y aun el recuerdo aparece muy debilitado en muchos objetos bajo la perfección del oficio.

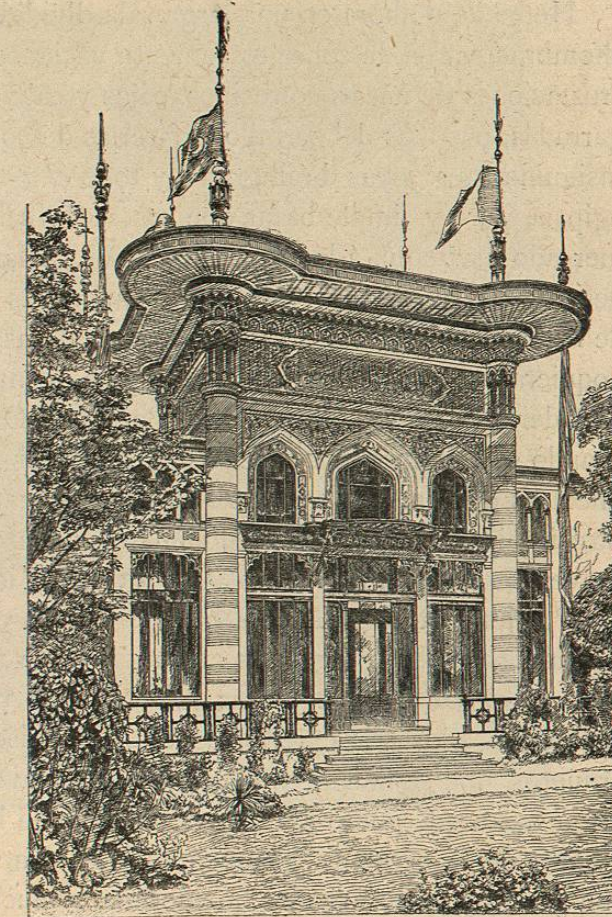
grandes artistas, pero conservan la tradición de las obras que recrean la vista, constituyendo el más agradable conjunto. ¡Oh! ¡qué extraña, qué extraña nación!...

Sí; á pesar de varios trabajos preciosos, lacas excelentes, esmaltes tratados con la libertad de la acuarela, y algunos objetos de loza ó porcelana admirables (recuerdo en particular dos pequeños jarrones de color gris, cuyo adorno representa una bandada de grullas), no veo invento alguno ni el menor esfuerzo para buscar la novedad en esa exposición, que es un desembalaje, en el cual se encuentran hasta copias de modelos accidentales. El gobierno comienza á temer esa decadencia; mas por desgracia es demasiado tarde para reprimir un movimiento que él mismo desencadenó.

Hoy día el Japón se ha puesto al nivel de Europa. ¿No nos presenta, por ejemplo, una inmensa exposición escolar á la europea, para demostrarnos que entiende en eso de desfigurar las más originales concepciones del espíritu? ¡Ah, cómo se arrepentirá algún día, cuando haya perdido completamente lo que constituía su fuerza y su gracia, la independencia de la imaginación, el buen gusto de la observación constante! Los artistas del Nippon se hallarán en lo sucesivo bajo el régimen de las fórmulas. Tienen escuelas de Bellas Artes, y mañana tendrán un Instituto que otorgará premios de Roma.

¿Habéis visto en el Trocadero la sección de horticultura japonesa, con sus plantas anudadas, retorcidas y contrahechas al antojo? Esto es precisamente lo que hacen consigo mismos los súbditos del Mikado: se anudan, se retuercen y deforman según los sistemas anglo-franceses. Y en verdad que esto es peor para ellos. Nadie piensa en reirse de los chinos cuando se ve pasar alguno con su traje tradicional, porque este traje conviene á su tipo marcadamente pronunciado; y hasta elogiase que nada sacrifiquen de su personalidad nacional; pero ¿qué se dirá de esos japoneses que visten levita ó chaquetón, y que se cubren la cabeza con sombrero hongo ó de copa alta? ¿No tienen así algo de caricaturesco en toda su persona? El necio contrasentido de este cambio salta á la vista. ¿En qué tiempo y bajo qué latitud fué nunca la deformación símbolo del progreso?

He probado últimamente sus conservas alimenticias, carnes arregladas con melaza... ¡Qué asco! El guisado con huevos de hormiga de los siameses, los huevos podridos de Cambodge, el pescado en fermentación de Annam, los solomillos de perro, y los nidos de golondrinas de los chinos no podrían ser peores, y aun todo esto repugna menos. Ese manjar vinoso y nauseabundo se rociaba para nosotros con un te muy agradable y un aguardiente de arroz que llaman *saki*, muy flojo y hasta insípido. No invitaré á nadie á probar nada de eso.



Pabellón de los tabacos turcos